

hombre, un ser demoníaco que conduce directamente al hombre —pobre— al infierno y su caldero, se reproduce nítidamente aquí en Baudelaire y en Sábato. Suponer que la mujer es a la vez placer y el castigo del placer es algo digno de ser pergeñado por un reprimido. Tales cosas sólo se perpetran desde el miedo a las consecuencias del amor y de amar. Y seguramente nosotros, para las mujeres reprimidas y acobardadas, también somos pecado e infierno. Una lástima, en cualquier caso.

(...) El artista sería así una combinación de la conciencia y la razón del hombre con la inconsciencia y la intuición de la mujer.

Seguramente el artista es algo más que esa combinación, aunque yo no podría asegurarlo, y desde luego es algo menos. En lo que no estoy de acuerdo es en que sean cualidades masculinas la conciencia y la razón; eso, además de ofrecer una imagen poco digna de nuestro sexo (el hombre también es irreal, espiritual, mágico, irracional, paradójico) presupone que nosotros tenemos usufructuada la razón, con lo cual caemos de nuevo en la injusta acusación que Sábato hace a la mujer de ser no-racional.

Por otro lado, no me parece que la mujer sea ni inconsciente ni más intuitiva o menos que el hombre. A cada cual lo suyo.

(...) Lo romántico es así, lo femenino, lo irracional, lo ondulado y misterioso. Lo clásico es, en cambio, lo masculino, lo racional, lo rectilíneo, lo explicable.

Nos dice Sábato. No sé en base a qué. El presupone que los románticos tenían una vena femenina en su historial que les compulsaba a escribir en romántico, a ejecutar en romántico, a construir en romántico, así como los clásicos lo hacían en clásico. Esa separación es excesivamente simplista a todas luces, no se puede otorgar un sexo a una forma de arte ni se puede desechar taxativamente el movimiento pendular de la Historia. A lo neoclásico sucedió, por reacción, lo romántico. Pero no había allí una cuestión de sexos, sino de actitudes ante la creación y el arte. De cansancio ante una fórmula y la necesidad vital de derivar a nuevas formas de búsqueda. Y volviendo a lo de siempre, no se puede afirmar que lo femenino sea lo irracional/ondulado y misterioso, ni que lo masculino sea lo racional/rectilíneo y explicable. Todo es una cuestión de gustos: ondulado es el Partenón, firmes los poemas de Lord Byron.

Cuando el acto carnal termina para el hombre, para la hembra comienza. En cierto modo la mujer es todo sexo (...) Eros es el principio supremo de la mujer, en el hombre es Logos. La mujer lo «psicologiza» todo, lo vuelve al seno materno, las ideas puras no tienen sentido para la mujer.

Sábato afirma que para la hembra comienza el acto sexual cuando termina el del hombre, porque piensa que el sexo masculino es algo externo a él, que está hacia fuera, mientras que en la mujer es interno. No sé si esto es cierto, aunque me parece que nuestro autor exagera un poco en encontrar similitudes entre el hecho fisiológico de un pene que sale (las más de las veces cuelga), y una concepción del sexo masculino como algo rectilíneo, duro, centrífugo. Yo, francamente, no me atrevería a asegurar que el hombre controle tanto su acto sexual que pueda terminarlo; creo que las más de las veces el hombre tiene perennemente presente el hecho sexual, tanto o más que la mujer. En cuanto a ésta, si es una mujer que piensa que su función esencial no es la de procrear previa gestación (hay muchas mujeres que piensan eso), no veo por qué va a comenzar su función sexual cuando termina la del macho, pueden terminar al mismo tiempo y puede la mujer inmediatamente dedicarse a dominar, a dirigir, a crear, rectilíneamente, hacia fuera; no tiene por qué dedicarse a pensar, acurrucada como un gatito, en cómo se llamará su próximo hijo. Que en la mujer el principio básico sea el amor (Eros) y en el hombre la razón (Logos) es algo que cualquier machista cerril (Sábato, perdón) puede pensar, y algo que está bastante lejos de la verdad. La mujer se mueve a impulsos del amor aproximadamente igual que el hombre, y también sabe ser racional, calculadora e inmensamente fría.

Las virtudes de la mujer son su altruismo por la especie, su capacidad de sacrificio personal por los hijos y los hombres bajo su cuidado. Por eso mismo su mundo es concreto y pequeño, personal y vital. Pero de ahí a las pequeñeces, y lo que es peor, a la pequeñez, hay un paso; y al egoísmo de hormiga, al comadreo, al chismorreo pequeño, a los celos viscerales. El hombre, en cambio también se equivoca, pero al menos se equivoca haciendo una guerra mundial o un sistema filosófico.

Parece como si Sábato, en principio, que una guerra mundial, con una cierta cantidad de millones de muertos, o una teoría filosófica (la superioridad de unas razas sobre otras, por ejemplo), fuera menos peligrosa, más inocua que los chismorreos de unas vecinas sobre otras o los celos de una mujer sobre su marido, o como si esa guerra o esa teoría fueran más nobles (¿por masculinas, quizá?) que el egoísmo de la mujer que todo lo deposita en la caja de ahorros para asegurarse la vejez. Sábato peca de sentido de la proporción en este caso. Pero es que además nuestro autor piensa que la pequeñez, el egoísmo de la hormiga, el comadreo, el chismorreo, los celos, fueran defectos propios de mujeres, cuando varios cientos de miles de hom-

bres los poseen por igual en cada país, barnizados, eso sí, por intereses «superiores», por «motivos de trabajo» o por otros motivos igualmente fútiles.

Nos dice también Sábato cuáles son las virtudes de la mujer. Tema peliagudo ése, tema en el que no me atrevería a meterme. No obstante, decir que la principal virtud de la mujer es su capacidad de sacrificio por su prole y su marido es decir lo de siempre. La mujer puede optar, así sea, por otros sacrificios, y el hombre, ojalá, también puede optar por ése.

En la mujer se entra, todo converge hacia ella, hacia su misterioso interior pasivo y terrestre. En condiciones normales, el tiempo vivo de la mujer tendría que estar ocupado por el sexo y sus consecuencias. El hombre se trasciende conscientemente, mientras que la mujer se encierra en su inmanencia.

Sábato se empeña en descubrirnos el hecho de que el hombre, en todas sus acciones vitales, tiende hacia fuera, trata de ir más allá de sí mismo, de trascenderse. Desde un punto de vista intelectual esto podría parecer cierto, pero desde un punto de vista social parece claro que el hombre, el macho, es un ser (coaccionado por circunstancias externas a él, quizá), que tiende a la masificación, a ocultar su individualidad o a derretirla en la alienación. A la mujer le pasa otro tanto, contando además con el *handicap* de su sexo, que le resta posibilidades de intentar salir. Sábato asocia una y otra vez a la mujer con el hecho místico de Gea, la Tierra, productora de hijos, seno que recibe la simiente, etc. Pero obviar a la mujer a ese exclusivo papel (de puro sexo, de ser pasivo) es horroroso para ella, ya que lo único que tal papel le dona es estar esclavizada.

El hombre tiende al dinamismo, la mujer al estatismo. La mujer es espacial, el hombre temporal.

¿Qué oscuro miedo nos sacudirá a nosotros, los hombres, cuando tratamos por todos los medios de evitar que la mujer se mueva? ¿Miedo tal vez a perder el papel preponderante? El suponer que el sexo femenino es, de *per se*, estático, espacial, supone también admitir que el sexo masculino (que es, según Sábato, todo lo contrario, es decir, dinámico y temporal), que el sexo-que-actúa está por encima, tiene más posibilidades de desarrollarse y de dominar, supera al sexo-que-permanece. Y decir esto es peligroso. No hay ningún arquetipo de mujer que suponga en ésta la inmovilidad, y la imagen «seno de la tierra», «ser que contiene», no pasa de ser una simbología freudiana. La mujer puede tener, individual y colectivamente considerada, la misma mente «acerada» que el hombre, su misma capacidad de

entusiasmo, su misma fe en el futuro y su misma necesidad de que las cosas cambien, vayan hacia adelante, por tanto.

La mujer encuentra la inmortalidad en su hijo, que es la prolongación de su cuerpo y de su alma, y por eso el sexo tiene para la mujer una trascendencia metafísica que no tiene para el hombre.

Es más habitual, lo creo intuitivamente aunque no creo que se pueda demostrar científicamente, pero tampoco lo contrario, que es el padre el que ve en su hijo sobre todo si éste es varón, una prolongación de sí mismo, y pone en su hijo las esperanzas de que sea lo que él no pudo ser. Además, el hombre no religioso, el que no cree en una vida después de ésta, debe situar aún con más claridad esa necesidad íntima de inmortalidad en sus obras, una de las cuales pueden ser sus hijos. Esto puede darse igual en la madre. Pero, en cualquier caso, afirmar de nuevo que la mujer es ser, casi decir que la mujer es algo porque se trasciende en sus hijos es de nuevo reducir ese sexo al hecho de la maternidad, cuando las mujeres mínimamente concienciadas están cansadas de pregonar que la maternidad es una más, importante pero una más, de sus posibles actividades. Es una invocación que Sábato ignora en su definición de lo que es la mujer.

La mujer, subyugada durante varios siglos, humillada, postergada, resentida, se ha querido sublevar mediante los movimientos feministas, sin advertir que de ese modo hacía una concesión más, siniestra y paradójica, a esta civilización de machos. Porque, ¿qué es el feminismo sino masculinismo?

Sábato no es tan ingenuo, evidentemente, como para no ser consciente de la existencia de esa postergación secular. Pero afirmar que el feminismo, que es, junto al movimiento ecologista, uno de los modos revolucionarios más puros, más auténticos y vitales del mundo moderno, no es sino una concesión a la civilización machista, es pienso yo, de una triste miopía. El feminismo ha hecho más por la liberación de la mujer que ninguna otra cosa en toda la historia de la humanidad, y ya sólo por eso es sumamente respetable. Pero además, el feminismo es educativo, una forma no-violenta (salvo en casos sumamente radicalizados) de convencer, primero a las mujeres más alienadas en su papel (las que prefiere Sábato), y luego a los hombres, que las mujeres también son seres humanos, algo que ha estado en duda, seriamente en duda, durante diecinueve siglos. Podría seguir enumerando virtudes de ese movimiento hasta cansar al lector, e incluso podría enumerar algunos defectos, pero creo que con lo ya dicho es suficiente para demostrar que Sábato ha incurrido en el slásico tópico del feminismo como una forma de liberación con efecto

*boomerang* y en el aún más tópico de suponer a las feministas machistas.

En el matrimonio medieval, la mujer era la sierva del hombre, pero en realidad el centro del mundo. En el matrimonio contemporáneo, la mujer, bajo las apariencias de su liberación, está verdaderamente esclavizada a la condición viril. La civilización moderna masculiniza a la mujer (...) falsificando la esencia de su ser.

Ser el centro del mundo en la Edad Media es un concepto que no comprendo, aunque Sábato se refiere aquí una vez más al hecho de colocar a la mujer en un casillero donde ésta cumplía fielmente sus roles tradicionales. Como actualmente ésta comienza a desechar aquellos papeles y a adjudicarse otros nuevos (y no por influjo de una forma nueva de sociedad, sino por una paulatina concienciación de la mujer), ya Sábato imagina una masculinización de la mujer, como si ésta se apropiara de funciones tradicionalmente masculinas (que es lo que hace entre otras cosas, y añadiré que hace muy bien). En esa virilización moderna de la mujer a la que se refiere Sábato, nuestro autor sitúa el origen de diversos males apocalípticos: falsificación de la esencia del ser de la mujer, desequilibrio de la vida erótica, neurosis colectiva, crisis del matrimonio. No hace falta seguir, cualquier lector puede sacar las conclusiones, que son evidentes.

Termino ya esta breve crítica a la visión sabatiana de la mujer en su libro *Heterodoxia*. Es una visión que, más o menos aguachirlada, se observa a lo largo de toda la producción de nuestro autor, y es una visión decididamente machista, un tanto estrecha y tradicional, y, como hemos visto, muy tópica, nada heterodoxa. Sábato cree que el sexo femenino, al que aún concede el privilegio de que varias de sus características pueda poseerlas el hombre (los románticos, hombres, eran seres muy femeninos según su propia definición, si no no podrían haber sido románticos). Toda esta amalgama de atributos que Ernesto Sábato concede a la mujer son los que de siempre el hombre, creído de su condición de sexo superior, le ha concedido, desde el comienzo de la historia: la mujer es ilógica, irrealista, conservadora, irracional, intuitiva, maternal, sexo, estática, señora del mundo a través o detrás del hombre... toda una definición, en fin, que sirve para que el macho mantenga su situación privilegiada y, en el caso de la última aseveración, para curarse su mala conciencia.

ARMANDO SOTO DE OZAETA